

Abril 2023

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 18

MARÍA Y LA EUCARISTÍA
Encuentro con Jesús en la paz

EVANGELIO, PAN DE VIDA
«... lo crucificaron allí...»

UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA
La sublimidad del Sacerdocio

“El sacerdote debe ser santo con la santidad marcada por la Iglesia y hecha vida en sus santos”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
La sublimidad del sacerdocio..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Oración por los sacerdotes 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
La Santa Misa es rehacer el Calvario..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
“.. lo crucificaron allí” 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
La Resurrección del Señor..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
Encuentro con Jesús en la Paz..... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Beato Noël Pinot, sacerdote y mártir..... 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
El milagro eucarístico de Patierno nos
recuerda la Resurrección del Señor 14

Foto portada: Ordenación sacerdotal del P. Rodrigo Molina, inspirador del Reinado de María (13-07-1956).

LA SUBLIMIDAD *del Sacerdicio*

El Jueves Santo es una de las fechas más importantes de la Semana Santa ya que marca la institución del sacerdocio.

«¡Oh sacerdote! Si admiras acaso las prerrogativas de los ángeles, ten presente que eres mucho más rico que ellos. ¡Sólo eres inferior a Dios!», dijo San Agustín. ¿Cuántos fieles tienen noción de esa grandeza?



Cuando en la Santa Misa el celebrante dice: *«Esto es mi cuerpo»*, la sustancia del pan, sobre la cual se pronuncian estas palabras, deja de existir sobre el altar y da paso, bajo las apariencias del pan, al propio Cuerpo de Cristo. En la confesión, a su vez, el sacerdote no dice: “Que Jesús te absuelva”, sino: “Yo te absuelvo”; y con estas palabras todos los pecados son perdonados, por numerosos y graves que hayan sido. Es Cristo mismo quien los perdona.

El P. Molina fue siempre consciente de este inmenso don. Ya de seminarista, considerando la desproporción entre su pequeñez y el excelso poder del que iba a ser investido por el sacramento del Orden, tuvo su momento de prueba, de aprensión, de perplejidad. Se veía incapaz. El tiempo lo desmintió plenamente. Fue siempre un sacerdote dignísimo, ejemplar en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Una parte de su vida la consagró a la formación de los sacerdotes. Para ellos iban dirigidas estas palabras:

«Dios te ha elegido al sacerdocio. Dios ha tomado posesión de ti con nueva y sobrenatural presencia. Dios se ha arraigado y enraizado en ti.

Tú debes responder a esa elección-oferta de Dios aceptando, consagrándote a Él. La consagración lleva consigo renuncia y dedicación. Renuncia a uno mismo y dedicación a Dios. Renuncio a mi autonomía y suficiencia, y me dedico a vivir a merced de Dios, al servicio de Dios, a vivir el querer de Dios.

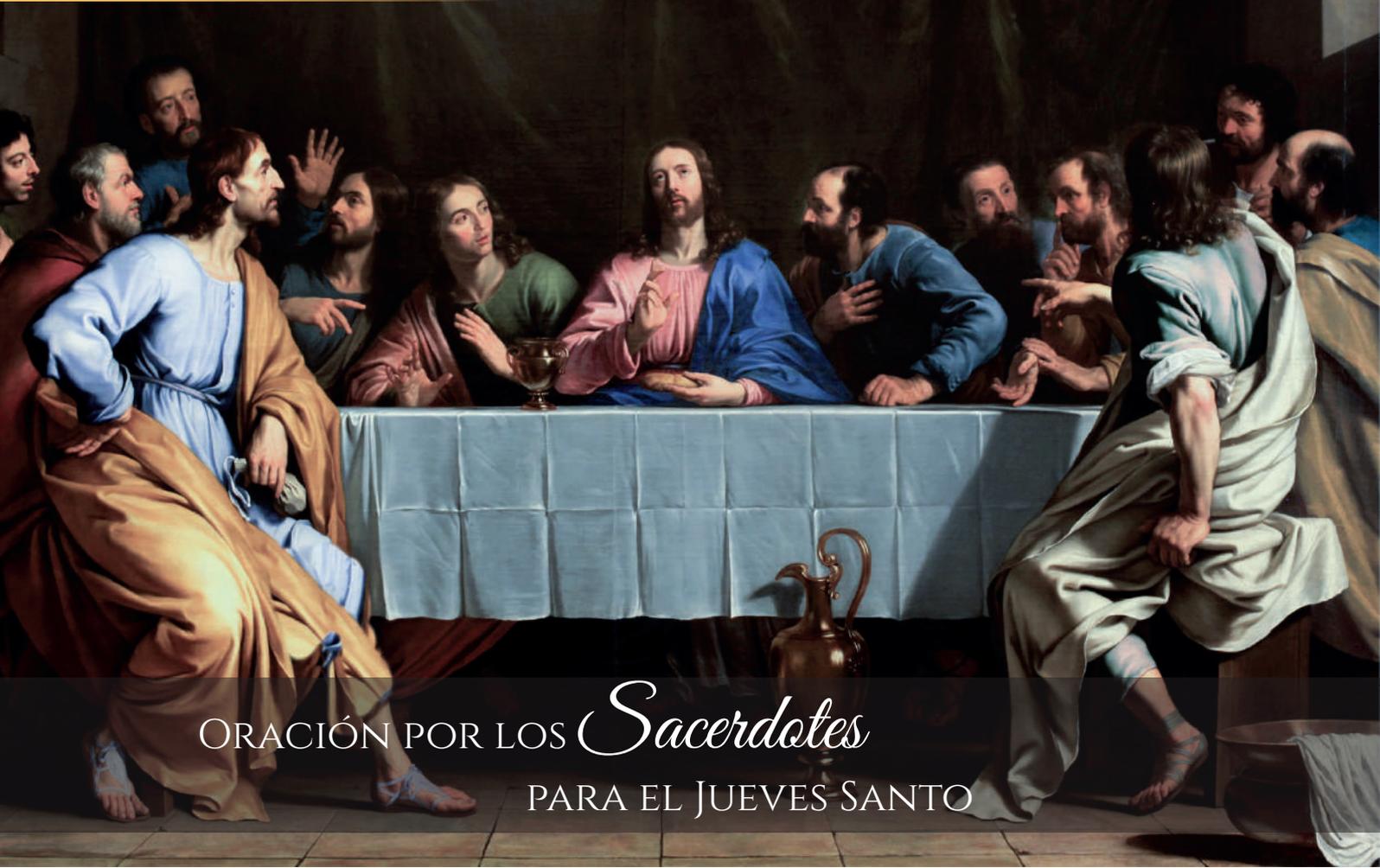
¡No pierdas tu capacidad de admiración por Dios! Ella sostendrá el vigor de tu consagración sacerdotal. No envejezca tu amistad con Dios. Teme el “pasar” de esa mentalidad de apertura a Dios, tan llena de promesas, a una mentalidad de repliegue hacia y sobre ti mismo, tan llena de desgracias y fracasos. No desandes, anda siempre.

Seamos de los que luchan con Dios y con los hombres, como Jacob. Con Dios, para hacer propicio su rostro mediante

el sacerdocio victimal, a imitación de Cristo. ¡Cómo luchó Cristo con Dios para que no abandonase al hombre! Y con los hombres, para eso las obras apostólicas, para volverlos a Dios mediante la caridad y la predicación.

Aquí tienes, querido sacerdote, cuáles son tus dos obligaciones: luchar con Dios y con los hombres. Con Dios, siendo víctima hasta arrancarle el perdón, como Jesús se lo arrancó. Y con los hombres para hacer obras de caridad y predicar.

No olvides que, por ser llamado a seguir a Jesús, la bendición de Dios pesa sobre ti. Y he escogido esta palabra “pesa” porque es la mejor, indica la responsabilidad. La bendición pesa sobre ti. Advierte que la bendición de Dios es dura de llevar, eso te dice el Crucificado del Gólgota. Dios quiere bendecir, pero necesita la víctima. No creas que vas a hacer bien al prójimo de otra manera. Pero también es portadora del triunfo, el auténtico: mira la Resurrección».



ORACIÓN POR LOS *Sacerdotes* PARA EL JUEVES SANTO

El Jueves Santo conmemoramos el Amor más grande: el de Dios por los hombres. Frutos de ese Amor son los sacramentos, especialmente la Eucaristía y el Orden Sacerdotal que fueron instituidos este día por Nuestro Señor.

La Eucaristía es el alimento que nos fortalece al tiempo que es el memorial de la Pasión del Señor, memorial del Amor de Dios por el hombre. Pero no tendríamos la Eucaristía sin el sacerdocio. Necesitamos sacerdotes que nos den al Señor Sacramentado. Por eso, es obligación de todo bautizado orar por las vocaciones sacerdotales para que surjan y se entreguen al Señor y para que perseveren con fidelidad, amor y alegría en su vocación.

Con San Manuel González re-
cemos por los Sacerdotes este
Jueves Santo:

*«Corazón de Jesús, que instituiste
el Sacerdocio católico en la
noche de la Cena como la
expresión y fruto de tu inmenso
y suave amor; dignate darnos
sacerdotes amantes como Tú de*

*las almas, de los pobres, de la
Cruz; sacerdotes que a ejemplo
tuyo vayan haciendo el bien por
donde pasen y sembrando entre
los hombres la paz y el perdón de
los pecados.*

*Corazón amante de Jesús, digna-
te escuchar la ferviente oración
con que pide tu pueblo la santifi-
cación de sus pastores.*

*Corazón lleno de amor, enséña-
los a amarte como deseas; hazlos
santos, inmaculados, prudentes,
sabios. Haz que se hagan todo a
todos conforme a tu ejemplo.*

*Ellos son los guardianes de tu sa-
grado Cuerpo y Sangre; hazlos,
por tanto, fieles a tan santo encar-
go; infúndeles la reverencia debi-
da a tu Cuerpo y una sed ardiente
de tu Sangre para que, gustando
su dulzura, puedan satisfacerse,*

*fortalecerse y purificarse en el
fuego del amor divino.*

*Acoge, Señor Jesús, nuestras hu-
mildes súplicas; mira con tus di-
vinos ojos desde el cielo a tus sa-
cerdotes; llénalos de celo ardiente
por la conversión de los pecado-
res, guarda sin manchas esas ma-
nos ungidas que tocan diariamen-
te tu inmaculado Cuerpo, sella con
santidad esos labios teñidos con
tu preciosa Sangre, conserva puro
y sobrehumano ese corazón mar-
cado con la gloriosa señal de tu
sublime Sacerdocio, bendice sus
trabajos con abundantes frutos y
haz que todos aquellos por quienes
trabajan en la tierra sean un día su
gozo y su corona en el cielo.*

*Corazón Eucarístico de Jesús,
modelo de los corazones sacer-
dotales, ¡concédenos sacerdotes
santos!»*

La Santa Misa

ES REHACER EL CALVARIO

Muchas veces olvidamos que en cada Santa Misa asistimos a la escena del Calvario. El Papa Francisco nos lo mencionaba en la audiencia general del 22 de noviembre de 2017. En esta Semana Santa es bueno recordarlo.

«La Misa es el memorial del Misterio Pascual de Cristo. Nos convierte en partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte y da significado pleno a nuestra vida.»

Por esto, para comprender el valor de la Misa debemos, ante todo, entender entonces el significado bíblico del “memorial”. En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales... Jesucristo, con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo llevó a término la Pascua. Y la Misa es el memorial de su Pascua, de su “éxodo”, que cumplió por nosotros, para hacernos salir de la esclavitud e introducirnos en la tierra prometida de la vida eterna. No es solamente un recuerdo, no, es más: es hacerlo presente.

La Eucaristía nos lleva siempre al vértice de las acciones de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido para nosotros, vierte sobre nosotros toda la misericordia y su amor como hizo en la cruz... Cada celebración de la Eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado. Participar en la Misa, en particular el domingo, significa entrar en la victoria del Resucitado, ser iluminados por su luz, calentados por su calor. A través de la Celebración Eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo

nuestro ser mortal. Y en su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos arrastra también a nosotros con Él para hacer la Pascua. En la Misa se hace Pascua.

Nosotros, en la Misa, estamos con Jesús, muerto y resucitado y Él nos lleva adelante, a la vida eterna. En la Misa nos unimos a Él. Es más, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él: “Yo estoy crucificado con Cristo —dice san Pablo— y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal. 2, 19-20).

Esto es la Misa: entrar en esta pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús; cuando vamos a Misa es como si fuéramos al Calvario, lo mismo. Pero pensad vosotros: si nosotros en el momento de la Misa vamos al Calvario —pensemos con imaginación— y sabemos que aquel hombre allí es Jesús. Pero, ¿nos permitiremos charlar, hacer fotografías, hacer espectáculo? ¡No! ¡Porque es Jesús! Nosotros seguramente estaremos en silencio, en el llanto y también en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para celebrar la Misa pensemos esto: entro en el Calvario donde Jesús da su vida por mí. Y así desaparece el espectáculo, desaparecen las charlas, los comentarios y estas cosas que nos alejan de esto tan hermoso que es la Misa, el triunfo de Jesús... La Misa es rehacer el Calvario, no es un espectáculo».



“LLEGADOS
AL LUGAR
LLAMADO
CALVARIO, LO
crucificaron
allí...”

(Meditación del P. Rodrigo Molina)

«*A*cerquémonos al Calvario, a ese instante en que Jesús, habiéndonos dado testimonio de su adhesión total a su Padre, va a pronunciar su testamento último. La cruz, la Voluntad del Padre en el dolor.

Cristo cuelga de la cruz.

Precedieron tres horribles escenas: Una flagelación que Cicerón no dudaba en calificar de “teterrimum, crudelissimumque flagellum” (horribilísimo y crudelísimo azote); una dolorosísima coronación con corona de espinas seguida de una farsa de adoración: bofetones, escupitajos, golpetazos con vara en la cabeza coronada de espinas, burlas grotescas; una escena de violencia contra Jesús al fin del juicio condenatorio de Jesús ante el Sanedrín, presidido por Caifás, a base de bofetones, escupitajos, insultos, burlas y vendaje de ojos.

Las heridas queman aquel cuerpo, ya roto, que cuelga, sujeto con clavos, de los palos de la cruz.

Su alma es un mar de desolación: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”.

Sus enemigos lo rodean cual jauría de perros: lo siguen asediando, torturando, desgarrando cual hienas hambrientas que no descansan hasta devorar su presa triturada. Así sus enemigos, inmisericordes y crueles, sólo descansan al verlo ante ellos muerto a fuerza de dolor. Por fin han triunfado. Sus armas: la hipocresía, la mentira, la perfidia, la traición.



Ante ese panorama, ¿cómo responde Jesús? ¿Maldiciéndolos, odiándolos, aplastándolos con su poder? No.

Jesús responde perdonando: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”.

Eres incomprensible, Jesús. Verdaderamente eres Dios. Con el centurión romano que te vio morir, exclamamos al oír ese perdón: “Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios”.

Jesús, vives en la cruz eso tan exclusivo de Dios del ‘AMARA PESAR DE TODO’. Eso a lo que el hombre no puede llegar sin un auxilio especial tuyo.

Y, sobre eso, el descargo para obtenerles el perdón del Padre, la disculpa de que “no saben lo que hacen”.

¿Que no lo saben? Sí lo saben. Tú mismo lo dijiste ante Pilato: “El que me ha entregado a ti para que me condenes tiene un pecado mayor”.

Pero es que la Pasión es la hora del triunfo del amor sobre el odio; y el amor sólo tiene un deseo, disculpar para perdonar y después bendecir porque su misión es la de hacer el bien a pesar de todo.

Cristo agoniza. Pero su agonía es amor. Un delincuente dañino, una vida criminal, llena de bajezas, villanías, fango, traiciones, le pide perdón, le pide el Paraíso: “Acuérdate de mí, cuando estés en tu reino”. Al momento viene la respuesta: “Yo te lo aseguro. HOY estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23, 43).

¿Por qué ese perdón? ¿Cómo es posible ese perdón? Porque nada ni nadie puede impedir que el amor haga siempre su obra: hacer el bien, reparar, construir.

Cristo agoniza. Pero Cristo en la agonía, sin fuerzas y mediante la agonía, sigue siendo amor. Y el amor nunca desfallece, nunca descansa, siempre puede tejer su obra: hacer el bien.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 36). Cristo hizo de su desolación desgarradora, oración.

Cristo crucificado está puesto en angustia, desnudez, impotencia, abandono. Todo lo que consuela, en Él huye. No existe en Él más que angustiosa desolación. Pero supo hacer de ese su tremendo abandono dilacerante una invocación intensa a Dios, supo convertir en oración su dolor. En eso estuvo su salvación y triunfo; y el mío: Resucitó.

Ya sabes el camino del triunfo. Hacer de tu dolor que tanto abunda, oración, adoración: que es la oración en sometimiento a Dios y reconocimiento profundo de Dios.

El sufrimiento de Cristo fue abismal. Pero, en el paroxismo del dolor, fue capaz de orar. Y su grito fue escuchado: Resucitó.

Nunca podrás caer tú en un sufrimiento abismal tal que supere al de Jesús y en el que, por lo tanto, no puedas orar como Jesús para ser escuchado como Jesús.

“Jesús, viendo a la Madre y al discípulo al cual amaba, dijo a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo; y luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y a partir de ese momento, el discípulo la acogió en su casa, entre las cosas de su fe”

Cristo agonizante, en ese momento de rendir toda su existencia, nos da a la Virgen Santísima como Madre. Nos dice: Ella es el camino para

llegar hasta Mí. Es el camino para abatir-aniquilar-destruir el amor propio. El apóstol acoge en su intimidad más íntima a la Madre del Redentor para que reine en él la Despojada de toda voluntad propia.

Somos hijos de María. Antes de morir Jesús ofrece al apóstol lo más valioso que tiene. Su testamento espiritual. Que tengamos a María por Madre. Aquí está la clave de mi paz, de mi felicidad.

La Virgen Santísima nos da a luz en el dolor. Ella, que no tiene pecado, en el Calvario experimenta el acontecimiento del pecado para salvar a los hombres. Acoge sobre Sí las derivaciones de mi pecado.

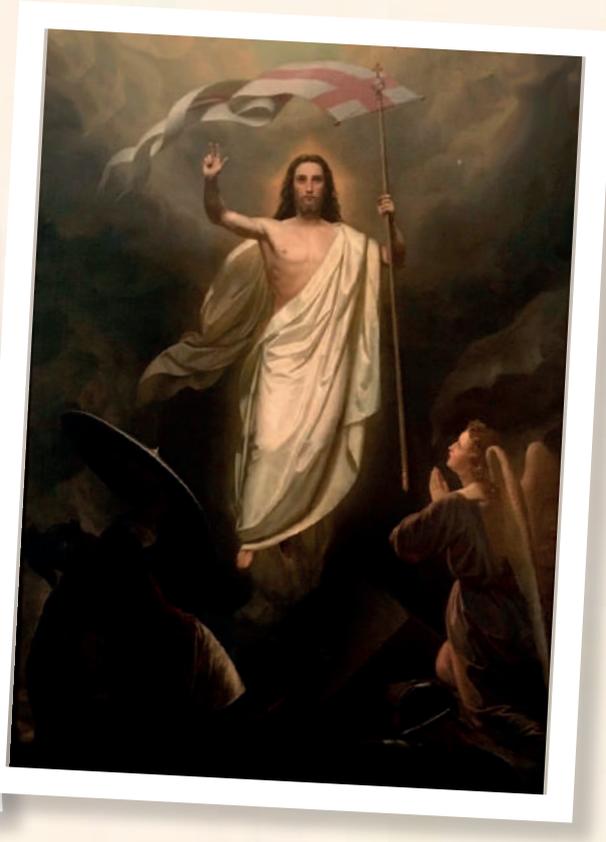
En la cruz, el Hijo puede derramar su sufrimiento en el Corazón de su Madre. Todo hijo que sufre siente esta necesidad. El Corazón de Santa María ha sido creado para alojar en Sí todo el dolor del mundo. Todo el dolor de los hijos que sufren tiene un lugar de reposo: El Corazón de María.

Santa María está presente a todas las citas del dolor. María está ahí. María es ya el sumidero de mi dolor.

Santa María experimentó vivamente la muerte de su Hijo; y mantuvo el “He aquí la Esclava” hasta el final. Y esto es lo que me salva.

Ante el dolor del mundo, el “aquí estoy” de Dios. Ante la gran crisis: el “he aquí la Esclava” de Santa María.

No neguemos nada a Dios. Que Ella nos enseñe. Ella tiene fuerza penetrativa y persuasiva. Que la Virgen nos eduque para la cruz. Cruz llevada con la fortaleza, la entereza, la incondicionalidad de la Madre».



LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR LA FIESTA LITÚRGICA MÁS GRANDE DEL AÑO

Ante Jesús Sacramentado, hoy meditemos en la Resurrección del Señor. La fiesta litúrgica más grande del año, llena de luz, de música... resuenan los “aleluyas” por toda la cristiandad. Día de júbilo porque Cristo ha vencido a la muerte y porque su resurrección gloriosa es anticipo de la nuestra.

San Alberto Hurtado nos guiará en esta meditación sobre la Resurrección.

«No todo es Viernes Santo. ¡Resucitó Cristo, mi esperanza! “Yo soy la Resurrección” (Jn 11,25). Está el Domingo, y esta idea nos debe dominar. En medio de dolores y pruebas... optimismo, confianza y alegría. Siempre alegres: Porque Cristo resucitó venciendo la muerte y está sentado a la diestra del Padre. Y es Cristo, mi bien, el que resucitó. Él, mi Padre, mi Amigo, ya no muere. ¡Qué gloria! Así también yo resucitaré “en Cristo Jesús”... y tras estos días de nubarrones veré a Cristo.

Porque cada día que paso estoy más cerca de Cristo. Las canas... El cielo está muy cerca. Cuando este débil lazo se acabe de romper... “deseo morir y estar con Cristo” (Fl 1,23). Porque Cristo triunfó y la Iglesia triunfará. La piedra del sepulcro y los guardias creyeron haberlo pisoteado. Así sucederá también con nuestra obra cristiana. ¡Triunfará! No son los mayores apóstoles los de más fachada; ni los mejores éxitos los de más apariencia. En la acción cristiana hay ¡el éxito de los fracasos! ¡Los triunfos tardíos! En

el mundo de lo invisible, lo que en apariencia no sirve, es lo que sirve más. Un fracaso completo aceptado de buen grado, más éxito sobrenatural que todos los triunfos.

Sembrar sin preocuparse de lo que saldrá. No cansarse de sembrar. Dar gracias a Dios de los frutos apostólicos de mis fracasos. Cuando Cristo habló al joven rico del Evangelio, fracasó, pero, cuántos han escuchado la lección; y ante la Eucaristía, huyeron, pero ¡cuántos han venido después! ¡Trabajarás!, tu celo parecerá muerto, pero ¡cuántos vivirán gracias a ti!

Nuestro Señor después de la Resurrección no se contentó con gozar su propia felicidad. Como la alegría del profesor es el conocimiento de sus alumnos... su esperanza no es completa hasta que todos aprenden; como el Capitán del buque no tiene su esperanza completa hasta que se salva el último... ¡Sería péximo si se contentara con su propia salvación!

Todo el cielo es la gran esperanza vuelta hacia la tierra. La esperanza es el lazo que une el cielo y la tierra. No nos imaginemos el cielo con sillones tranquilos. San Pedro está mirando el Vaticano todo el día. La tierra es el periódico del cielo. Por eso podemos

gritar: ¡Eh, sálvanos que perecemos! Acuérdate que es tu obra la que arde. ¡Eh, santos, miren su obra! ¡Recen por nosotros! ¡La Iglesia lo hace en forma imperativa!

El cielo todavía no está acabado: falta parte de la Iglesia. Y cuando llega un pobre hombre cubierto del polvo de la tierra, ¡la alegría que habrá en el cielo! El Señor lo dice: habrá más alegría en el cielo... (Lc 15,7).

¡Todo el cielo interesándose por la tierra! Y por eso Nuestro Señor se aparece a su Madre... Se interesa por todo, hasta en la pesca de sus apóstoles; en lo que comen ellos: ¿Os queda algo de comer? Comió y distribuyó los pedazos (cf. Jn 21,1-14) para mostrarnos que más que su propia felicidad eterna, le interesa su obra redentora en la tierra».

Cristo ha resucitado, aleluya, alegrémonos y gocemos con Él y démosle gracias. Que su triunfo nos enseñe que –para un creyente– después de la muerte viene la Vida, que después del dolor viene el Gozo... que si morimos con Él, reinaremos con Él. Y en el andar de nuestra vida, cuando el cansancio, el sufrimiento e incluso la muerte visiten nuestros días, tenemos la esperanza firme y segura de

que, por encima de todo eso, Cristo reina y vence.

Su Santidad, el Papa Benedicto XVI, nos decía en 2011: «La mañana de Pascua nos ha traído el anuncio antiguo y siempre nuevo: ¡Cristo ha resucitado! ... El aleluya pascual, que resuena en la Iglesia peregrina en el mundo, expresa la exultación silenciosa del universo y, sobre todo, el anhelo de toda alma humana sinceramente abierta a Dios, más aún, agradecida por su infinita bondad, belleza y verdad...

Cristo resucitado camina delante de nosotros hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (cf. Ap 21,1) en la que, finalmente, viviremos como una sola familia, hijos del mismo Padre. Él está con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Vayamos tras Él en este mundo lacerado, cantando el Aleluya.

En nuestro corazón hay alegría y dolor; en nuestro rostro, sonrisas y lágrimas. Así es nuestra realidad terrena. Pero Cristo ha resucitado, está vivo y camina con nosotros.

Por eso cantamos y caminamos, con la mirada puesta en el Cielo, fieles a nuestro compromiso en este mundo».

En medio de dolores y pruebas... optimismo, confianza y alegría. Cristo resucitó venciendo la muerte y está sentado a la diestra del Padre.

SANTA MARÍA — ES — LA REINA DE LA PAZ

ENCUENTRO CON JESÚS EN LA PAZ

“Os dejo la paz, os doy la paz mía; no os la doy Yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se amedrente... Os he dicho estas cosas, para que halléis paz en Mí. En el mundo pasáis apreturas, pero tened confianza: Yo he vencido al mundo”. (Jn 14, 27; 16, 33)



Encuentro con Jesús en la paz

Nuestro encuentro con Jesús necesita paz.

El ritmo acelerado del trabajo, la influencia incesante del materialismo consumista y el ambiente mundano y amoral, lleno de ofertas y demandas que nos llegan insistentes por todos nuestros sentidos y nos atraen, exigen y necesitan ser contrapesados por un ambiente de recogimiento y silencio, de paz.

La tensión interna, las preocupaciones, el querer precipitar los acontecimientos, el pretender resultados inmediatos ... impiden la serenidad de espíritu, tan necesaria para el coloquio personal con Dios.

Santa Teresa define la oración como el trato con quien sabemos que nos ama. Este trato íntimo, vital, requiere una atmósfera, un ambiente.

Para hablar con Jesús en el Sagrario necesitamos silencio.

El silencio es la ayuda que prestamos a Dios para que pueda venir a nosotros. En el callar de todo lo exterior, en el más profundo silencio interior, nos capacitamos para oír la voz de Dios, que suele ser suave, discreta, sin ruido, sin alboroto.

Nos debemos arreglar para que nada ni nadie nos haga perder la paz interior. Esa paz íntima, profunda, inalterable que precede, acompaña y sigue al verdadero amor.

La unión con María, Reina de la Paz, nos ayuda en este trabajo de pacificación. Como el agua se depura en una planta purificadora, sumergirnos en el Corazón Inmaculado de María la Virgen nos ayuda a dirigirnos a Jesús, con paz. El alma, ya serena, puede volcar su amor en el Amor eucarístico.

Si estamos turbados, invocar su

dulce nombre: “¡María!” es un bálsamo para el corazón y aleja al demonio.

Dice el P. Gabriel Gacquier: “*Conservaré mi alma en paz, pensando que todos los acontecimientos están en tus manos, tanto los grandes como los pequeños, y también las decisiones de los hombres, pues Tú ejerces sobre todos tu acción dominadora. ¡Oh! Entonces, ¿por qué temer? Mi Madre está ahí y Ella conduce la barca*”. (La Vida en María, nº 20)

“*Mi paz os doy*”, dice Jesús. *Nuestro encuentro con Jesús produce paz. “¿No experimentáis cierta paz y calma delante de nuestro Señor? Es prueba de que le amáis; ¿qué más queréis?”*. (San Pedro Julián Eymard)

La paz del alma que quiere Jesús y que Él nos ofrece, no es la falsa y mundana, de que todo nos salga bien (dinero, salud, trabajo, placer...), de que nadie nos moleste... La verdadera paz es la propia unión con Dios, en la aceptación y fiel cumplimiento de la voluntad de Dios. Serenidad, acompañada de un sentimiento de plenitud, aunque tengamos dificultades y contrariedades externas.

¿No sentimos que, después de la Comunión, quedan amortiguadas las pasiones y la paz reina en nuestro corazón?

Oración de S. Juan Pablo II del 8 de diciembre de 2003:

*En la fiesta de tu Inmaculada Concepción vuelvo a venerarte, María, a los pies de esta imagen... He venido aquí, esta noche, para rendirte el homenaje de mi devoción sincera... **Reina de la paz, ¡ruega por nosotros!***

A ti se dirige nuestra mirada con intensa aprehensión, a ti nos dirigimos con confianza

más insistente en estos tiempos marcados por muchas incertidumbres y temores por el destino presente y futuro de nuestro planeta.

A ti, primicia de la humanidad redimida por Cristo, finalmente liberada de la esclavitud del mal y del pecado, elevamos juntos una súplica sentida y confiada: Escucha el grito de dolor de las víctimas de las guerras y de tantas formas de violencia, que ensangrientan la tierra.

Despeja las tinieblas de la tristeza y de la soledad, del odio y de la venganza. ¡Abre la mente y el corazón de todos a la confianza y al perdón!

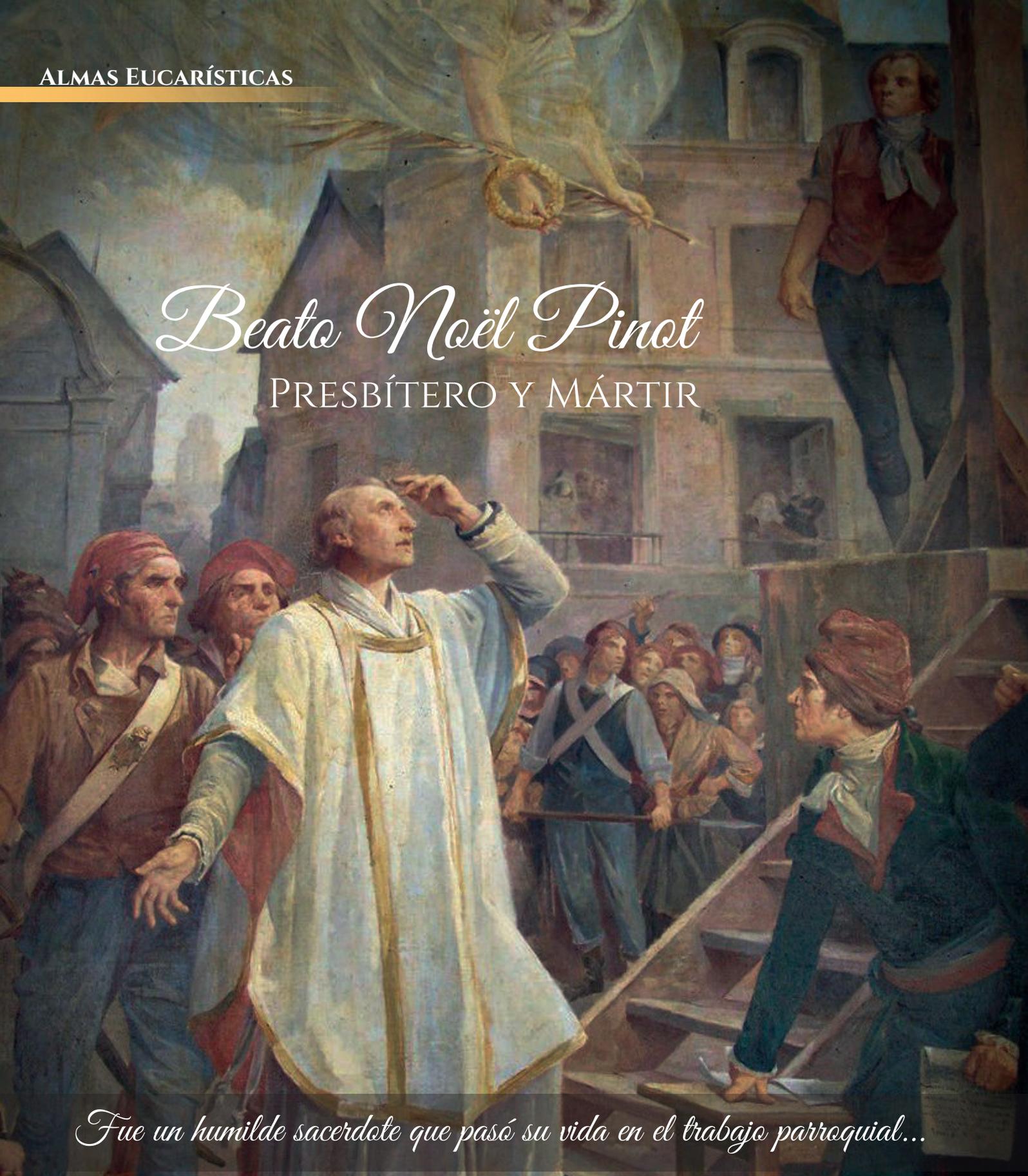
Reina de la paz, ¡ruega por nosotros!

Madre de misericordia y de esperanza, alcanza para los hombres y las mujeres del tercer milenio el don precioso de la paz: paz en los corazones y en las familias, en las comunidades y entre los pueblos; paz sobre todo para aquellas naciones en las que cada día se sigue combatiendo y muriendo.

Haz que todos los seres humanos, de todas las razas y culturas, se encuentren con Jesús y le acojan a Él, que vino a la tierra en el misterio de la Navidad para darnos su paz.

María, Reina de la paz, ¡danos a Cristo, auténtica paz del mundo!





Beato Noël Pinot

PRESBITERO Y MÁRTIR

Fue un humilde sacerdote que pasó su vida en el trabajo parroquial...

Noël Pinot nació el 19 de diciembre de 1747 en Angers, Francia. Fue el último hijo de una familia numerosa de dieciséis hermanos de los cuales él y su hermano mayor serían sacerdotes.

Siendo niño vio morir a varios de sus hermanos y a su padre. A los trece años ingresó en el Seminario dirigido por los padres de la Compañía de San Sulpicio. Ordenado sacerdote en 1771, fue primero vicario parroquial en

Bousseycorzêy, en 1781, capellán del Hospital de los Incurables de Angers donde trabajaba con su hermano sacerdote.

Poco después fue nombrado párroco de Saint-Aubin en

Lauroux-Béconnais, la parroquia más grande de la diócesis, que contaba con tres mil almas. Aquí obró como buen pastor durante dos años hasta que la Revolución Francesa y las leyes vejatorias se lo impidieron.

El 12 de julio de 1790 ocurre un hecho trascendental para la historia de la Iglesia: se aprueba en Francia la Constitución Civil del Clero, con la que pretendía convertir a obispos y sacerdotes en ciudadanos funcionarios con independencia del Santo Padre. Todos los clérigos debían jurarle fidelidad o, de lo contrario, se arriesgaban a sufrir una severa sanción.

Así, el P. Pinot, comenzó su carrera hacia la total configuración con Cristo Sacerdote, inmolado en la cruz. Un día, al acabar la Santa Misa, en presencia de todo el pueblo, el alcalde le exigió que jurara la Constitución. Pero el P. Noël se negó.

Enorme fue la alegría del pueblo ante la respuesta de su párroco. Se trataba, en su mayoría, de una población marcadamente religiosa, muy influenciada por el reciente apostolado de San Luis María Grignon de Montfort. Todos conocían y amaban al abnegado y virtuoso sacerdote que, infatigable, recorría las aldeas más alejadas desdoblándose en atenciones por sus ovejas, sin escatimar esfuerzos. Según testimonios, la virtud en la cual más se distinguía era la caridad. Párroco ejemplar, se preocupaba en administrar los sacramentos, convertir a los pecadores, rescatar a los extraviados y dar a todos una sólida formación cristiana. En el púlpito se revelaba un teólogo seguro; en el confesionario, un inigualable director de las conciencias y en la catequesis, un maestro ameno y atrayente.

El 27 de febrero, al terminar la Santa Misa mayor, el P. Pinot dirige desde el púlpito una valiente alocución defendiendo los derechos de Dios y de la Iglesia Católica. Pocos días después, fue arrestado con las manos atadas como un malhechor y encerrado en prisión, para ser luego alejado de su parroquia.

Entonces, decidió ejercer su ministerio en otras ciudades de la provincia. A su paso, la vida cristiana se incrementaba, el fervor crecía y muchos sacerdotes juramentados se retractaban y volvían a la comunión con la Santa Iglesia.

Como aumentaba cada vez más su fama de “convertidor irresistible e incorregible”, las autoridades resolvieron darle caza y hacerlo callar definitivamente.

A mediados de 1793 pudo volver a su amada parroquia por poco tiempo ya que a los pocos días se recrudeció el Terror. Se veía nuevamente en peligro. Decidido a no dejar su rebaño, optó por permanecer clandestinamente en el territorio parroquial. Durante el día se ocultaba. Por la noche salía a ejercer su ministerio: oía confesiones, asistía a enfermos, bautizaba a niños, realizaba matrimonios. A media noche celebraba la Eucaristía en un establo, en un granero o incluso al relente, con una asistencia siempre numerosa.

La noche del 9 de febrero de 1794, cuando se preparaba para celebrar la Santa Misa en una casa, cincuenta hombres invadieron la humilde morada y lo apresaron. Un delator otrora socorrido con las limosnas del buen párroco, lo denunció, atraído –como otro Judas– por la remuneración prometida.

El P. Pinot, entre burlas e insultos,

escupitajos y golpes fue encerrado en una oscura e inhóspita cárcel donde permaneció diez días, a la espera de un juicio, alimentado únicamente a pan y agua. Interrogado, fue condenado a la guillotina.

Revestido, entonces, con el amito, alba, estola y casulla, atravesó la ciudad hasta el lugar donde estaba el lugar de su inmolación. Un testigo ocular del hecho, narra: *“El mártir rezaba en profundo recogimiento. Su semblante era calmo y su frente serena irradiaba la alegría de los elegidos. Se podían seguir en sus labios los cánticos de acción de gracias que escapaban de su corazón”*.

Antes de pisar el primer peldaño de la escalera para subir al cadalso, elevó los ojos y, con sobrenatural entusiasmo, exclamó: *“Me acercaré al altar de Dios”*.

Así, con estas palabras, empezaba la Santa Misa y el P. Pinot las había pronunciado numerosas veces antes de subir al altar. Ahora subía con paso firme para hacer la inmolación de sí mismo. La sangre del siervo se mezclaría con la del Señor. Era el 21 de febrero de 1794.

Así murió el P. Noël Pinot. Alma sacerdotal, compenetrada con la dignidad de su misión y enteramente consciente de ser mero instrumento en las manos de Dios.

El Papa Pío XI lo beatificó y dijo:

“Noel Pinot atestiguó, llevando hasta el momento de su ejecución la casulla, que la tarea primordial, más importante y más sagrada del sacerdote es la celebración de la Santa Eucaristía según el encargo del Señor del Jueves Santo: Haced esto en memoria mía”.



EL MILAGRO EUCARÍSTICO DE PATIERNO

NOS RECUERDA LA

Resurrección del Señor



LA DESAPARICIÓN
Y EL
MILAGROSO
HALLAZGO DE
HOSTIAS
CONSAGRADAS
ROBADAS

En 1772, unos ladrones robaron un cierto número de Hostias consagradas que fueron luego encontradas en los terrenos del Duque de Grottolelle, un mes después, bajo el estiércol y completamente intactas. Fue en 1772 en la Iglesia de San Pedro Apóstol en Patierno, una aldea en la provincia de Nápoles. Se había producido un robo. Los ladrones habían retirado, entre otros muebles de la iglesia, un copón que contenía Hostias consagradas.

A pesar de todos los esfuerzos, nada había conseguido la investigación hecha por el párroco y los feligreses.

Un mes después, el 18 de febrero, un joven de dieciocho años, Giuseppe Orefice, pasó por la mañana temprano, cuando todavía estaba oscuro, al lado del campo del duque de Grottolelle y un brillo extraño le llamó la atención.

Fue a su casa y narró el extraño fenómeno. Su padre, con un poco de incredulidad, no dio ninguna importancia al hecho. Al día siguiente, Giuseppe, esta vez acompañado de su hermano menor y de su padre, pasaron de nuevo al lado del campo del Duque. Los tres vieron brillar en el campo una estela misteriosa, como si un pedazo de cielo hubiera bajando a la

tierra. Giuseppe corrió a llamar al párroco que llegó al lugar indicado en compañía de su hermano sacerdote y desenterraron debajo del suelo húmedo un buen número de Hostias intactas y perfectamente conservadas. Otros sacerdotes, que acudieron a ayudar, encontraron las Hostias que aún faltaban.

Las Hostias fueron llevadas por una procesión solemne a la iglesia de San Pedro Apóstol.

La noticia prodigiosa se propagó con rapidez y atrajo la atención del obispo de ese momento, el gran San Alfonso María de Liguorio, que certificó la autenticidad del milagro después de una rigurosa investigación. San Alfonso María de Liguorio describió detalladamente este milagro y de él se sirvió para despertar la fe y la devoción de los fieles hacia la Eucaristía.

El Vicario General, Mons. Onorati, redactó el informe del proceso diocesano que duró dos años: desde 1772 hasta 1774. Procedió, además, a sellar con cera de color rojo el nudo del lazo que unía las “dos ampollas incrustadas de plata”. En el informe se lee: *“Decimos, decretamos y declaramos que la mencionada aparición de las luces y la intacta conservación de las Sagradas Partículas por tantos días bajo el terreno, ha sido y es un auténtico y respetabilísimo milagro obrado por Dios, Óptimo Máximo, para ilustrar más y más la verdad del dogma católico y hacer crecer aún más el culto hacia la real y verdadera presencia de Cristo Señor en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía”*.

Entre los muchos testigos, estuvieron tres científicos de la época. Entre ellos, el famoso Dr. Domingo Cotugno de la Regia Universidad de Nápoles. Así se expresaron: *“Evidentemente, la extraordinaria aparición*

de las luces, variada en muchos modos, y la intacta conservación de las desenterradas Partículas, no pueden explicarse con principios físicos y superan las fuerzas de los agentes naturales; por lo tanto, deben ser consideradas como milagrosas”.

En 1972, el Prof. Pedro De Franciscis, docente de fisiología humana en la Universidad de Estudios de Nápoles, confirmaba esta misma sentencia en su “Relación sobre el hallazgo de las sagradas Hostias, ocurrido el 24 de febrero de 1772 en San Pedro en Patierno”.

En 1967, el Card. Arzobispo Corrado Ursi, en ocasión de la elevación de la iglesia de San Pedro a Santuario Diocesano Eucarístico escribía en la Bula: *“El Prodigio de San Pedro, en Patierno, es un don y una exhortación divina para toda nuestra arquidiócesis. No debemos perder su voz, sino más bien ella debe alentar eficazmente a todos los fieles de todos los tiempos a considerar el mensaje que habla del “Pan de la vida para la salvación del mundo”, lanzado por Jesús en Cafarnaúm”*.

El milagro parece repetir los sucesos de la mañana de la resurrección. Giuseppe salió temprano en la mañana cuando todavía estaba oscuro, como María Magdalena, ve la luz de Cristo sin reconocerlo. Se necesitó la llegada de los otros miembros de la familia y luego los sacerdotes para comprender plenamente el misterio de que era objeto.

Así que los protagonistas del milagro de Patierno son las dos piedras angulares de la sociedad humana y cristiana: la familia y el sacerdocio. Es una familia la que «encuentra» a Jesús, y aun teniendo en cuenta las búsquedas infructuosas previas del párroco, es posible decir que Jesús

quiso manifestarse a una familia. Luego, los sacerdotes, ministros de Dios, fueron quienes terminaron el hallazgo y rindieron a Jesús Sacramentado el culto de adoración y de amor.

Por otra parte, las Hostias enterradas en un campo, entre la tierra y el estiércol, se refieren al deseo de pisotear la fe, la Iglesia y su misma fuente que es la Eucaristía. Sin embargo, incluso aquí tenemos pruebas de que la verdad de Cristo no puede permanecer oculta en la tierra de nuestra humanidad. En la historia de la humanidad muchos hombres han querido volver crucificar al Señor, pero Cristo siempre resucita vencedor.

Estas partículas se hicieron visibles por la luz y la gracia y, por lo tanto, nada pudo contra ellas ni la humedad ni el barro, de la misma manera que el hombre está hecho para la vida y para la eternidad —como nos lo enseña el Resucitado— y, por tanto, nada puede contra esto, ni las muchas teorías de esta nuestra cultura de la muerte.

El relicario de las Hostias de Patierno ha logrado pasar indemne a través de la Revolución Francesa y el Risorgimento y los movimientos anticatólicos resultantes, pero en 1978 fue robado sin que se haya encontrado ningún rastro.



ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

P. RODRIGO MOLINA, INSPIRADOR DEL REINADO DE MARÍA

28 de abril de 2002 - 28 de abril de 2023

Recuerdo del XXI Aniversario de su *Dies Natalis*

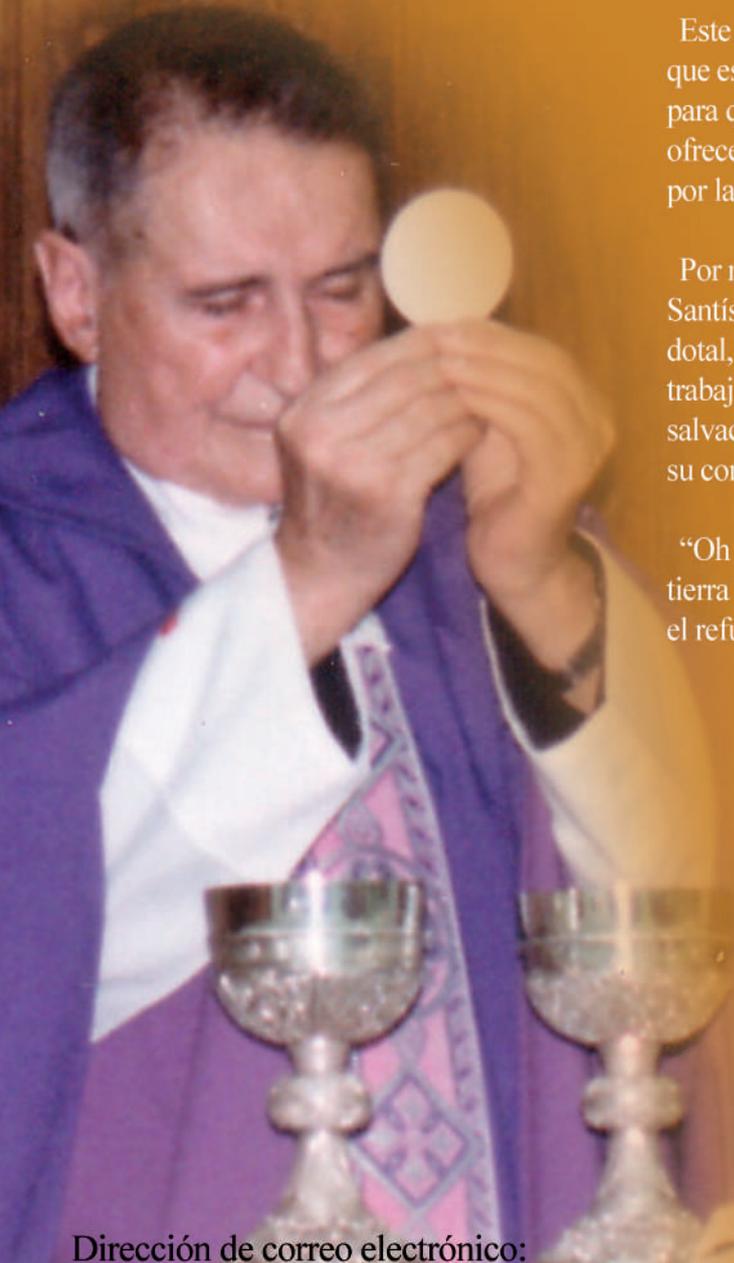


Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)



Reinado 
de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com




nsetvradio
ejercitoblanc0


@nseradio
@nsetv


nseradio
nsetv

Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com